

Ponencia: Hormigas, lince y observadores: paradojas del mundo real**Autor: Xavier Bru de Sala, Escritor y analista cultural****Mesa Redonda 3: “Territorio y sector ¿Dos lógicas de evaluación en contraposición?”**

En primer lugar, quisiera agradecer a los organizadores, y en especial a mi admirado Lluís Bonet, la invitación a participar en estas Jornadas. Sin duda, la pertinencia e importancia del tema, sobrepasa mis conocimientos y capacidades. Entre los miembros del colectivo de gestores culturales y los excelentes economistas de la cultura de que disponemos, todos ellos bien formados autores y coautores de conceptos sólidos, en lo que ya va siendo una notable y fructífera tradición, se encuentran personas más autorizadas para hablarles. De todos modos voy a intentar responder bien que mal al reto de Bonet, que al ser autor del título de esta ponencia, si bien conociendo mis ideas y puntos de vista, me ha lanzado un órdago de cuidado. ¿Cómo voy a reconvenir a las hormigas y sus protectores si he sido y en cierta medida sigo siendo, con perdón de los lince, ambas cosas?

Parto de una concepción bastante simple y compartida por muchos. En nuestro mundo cultural, y con las salvedades y excepciones de rigor, apenas hay mercado. A pesar de la elocuencia de algunas cifras, del peso económico de la cultura, de su remarcable, aportación al PIB, el mercado es exiguo. Cuando lo hay, resulta en términos generales insuficiente. Por lo que es la sociedad que debe financiar la cultura, el grueso de la producción y casi toda la creación. Por eso hablamos de evaluación externa de proyectos, porque son las administraciones públicas y los benefactores privados quienes aportan, cuando lo hacen, los recursos necesarios, pocas veces suficientes, para que algunos de ellos salgan adelante.

Mis compañeros de mesa, Rosa M Plans, de Caixa Catalunya y Edgar García, del ICC, son personas clave, pues ellos sí que evalúan proyectos, mientras mi quehacer en este sentido, como director general de Cultura en la Generalitat catalana, pertenece a un pasado del que han transcurrido dos decenios, si bien la memoria se aquellos años sigue fresca, ayudada por mi constancia como observador de la cultura y las políticas culturales que se traduce en unos miles de artículos publicados con perseverancia semanal, primero en **El País** y en lo que va de siglo en **La Vanguardia**. Antes de proseguir, quisiera destacar en breves palabras la gran labor de Fundació Caixa Catalunya, más bien poco seguida por el resto de cajas, que tienden a potenciar la oferta propia en detrimento del mecenazgo. Mientras las demás juzgan más beneficioso para su imagen presentar su oferta directa a la sociedad —oferta a la que no quito importancia sino que la subrayo, pues sin ella el panorama cultural resultaría bastante empobrecido— Caixa Catalunya, sin olvidar una programación de primer orden, destina una

parte importante de sus recursos a la financiación de proyectos externos, lo que se traduce en más beneficio inmediato para la cultura que para la propia entidad, cuya confianza en el retorno de su esfuerzo en reconocimiento merece todos los elogios, más aún cuando dicho retorno pertenece al reino de los intangibles. Por su parte, justo es remarcar que el departamento de Cultura de la Generalitat, a través del ICIC (Institut Català de les Indústries Culturals), el principal agente subvencionador y financiador, afina cada vez más en los criterios, en parte debido a la precariedad del presupuesto y en mayor medida a la experiencia y profesionalidad de sus técnicos, así como a las innovadoras políticas de apoyo puestas en práctica por sus responsables. Escasez endémica y por lo visto creciente, obliga.

Entre los múltiples axiomas aplicables a las empresas e iniciativas de la cultura, cabría destacara el siguiente: A más viabilidad en la producción de creaciones, bienes y servicios culturales, menos despachos. Y al revés. Insisto en la escasez del mercado, pero no hay duda de que cuando el mercado basta, sobran los despachos oficiales. No concluiremos que en los despachos, a las ayudas, préstamos y subvenciones que de ellos emanan, acudan quienes menos capaces son de procurarse la viabilidad en el mercado, sino que están condenados a convertirse en peticionarios sin remisión quines pertenecen a los sectores deficitarios. Por apoyar lo dicho con un dato elocuente, en Catalunya, la balanza de pagos en el conjunto de la cultura, excluido el sector de la edición, es deficitaria. Importamos más de lo que exportamos, en todos los sectores menos en la edición, cuyo superávit basta para compensar los déficits del resto. Insisto, si contamos la edición, la balanza de pagos de la cultura pasa a tener superávit. Tan alto es pues el del libro que compensa con creces el déficit sumado de tofos los demás. No es de extrañar que la edición se vea libre o casi de la dependencia hacia la financiación pública o altruista. Para el resto, en mayor o menor grado, la supresión de las políticas públicas y la desaparición de la financiación desinteresada significarían una pérdida sensible de actividad o incluso la desertización. La evaluación externa de proyectos es, en consecuencia, una de las claves principales del mundo de la cultura.

Toda dependencia entraña riesgos. O mejor dicho riesgos añadidos. Dependencia, ayuda externa para la viabilidad, es debilidad y vulnerabilidad. A menudo es también docilidad hacia la fuente de dinero, incluso servilismo, aunque no sea o no fuera solicitado. La cultura es un sector dependiente. Sobre todo en Europa. Como la agricultura. Con las diferencias del origen de las ayudas públicas y, de mucho mayor calado, en su propia finalidad, pues el poder político espera de la cultura unas complicidades que no están al alcance agricultura. Por lo que la cultura demanda, tanto en su interior como en el entorno de las administraciones públicas y de los medios de comunicación, una especial distancia, comprensión y respeto de la autonomía. No es nada sencillo renunciar a la exigencia de retorno de las ayudas públicas en forma de adulación hacia el responsable político, a cambio de otra exigencia muy distinta, que consiste en ayudarla a cambio de que sea ella misma, cobre protagonismo en el ágora y se manifiesta a la sociedad con sus miradas, no coadyuvando a las de las organizaciones políticas. Comprensión y

exigencia que requieren sinceridad, verdadero desprendimiento, así como grandes esfuerzos analíticos, para los que, en conjunto, no estamos dotados en exceso.

En el interior de la propia comunidad cultural, si así puede llamarse, no escasean los que mantienen una posición cómoda, preocupándose más del entorno que del talento propio y sus manifestaciones. Tener buena prensa es un seguro de agasajo en los despachos (entiéndase por tales, si es necesaria la aclaración, los centros donde se decide la distribución de los presupuestos públicos o filantrópicos). Existen especialistas, verdaderos especialistas, en conseguir mejor prensa de la que merecen. Así como no son pocos los que sobreviven gracias otra especialidad, que consiste en moverse por los despachos y entresijos del poder distributivo, recabar el enchufismo de políticos y diputados, a fin de obtener más de lo que les corresponde si es que algo les corresponde en puridad. El parasitismo, en definitiva, además del daño que ocasiona por sí mismo, oscila entre dos propensiones, el conflicto y a la adulación.

Aún así, las enfermedades o desviaciones que acabo de mencionar, coadyuvan e incrementan las deformidades de los mundos de la cultura, si bien cierto modo son independientes de los que me propongo destacar como mayores riesgos en esta comunicación. Los grandes riesgos, según mi modesto entender son: primero, la mediocridad de las hormigas; segundo, el lince domesticado; tercero, el observador menospreciado.

Nos adocenamos. Cada vez somos más sistemáticos, más programáticos, menos intuitivos. Tendemos a domesticar el talento, lo moldeamos y rebajamos a fin de que pase mejor bajo las horcas claudinas de la corrección receptora, y de ahí a la creadora. No estoy reivindicando demoliciones ni ensalzo lo rompedor por principio. Sólo indico que, con bastante seguridad y dejando aparte a los simples vividores, la elaboración de producciones culturales está condicionada, limada y limitada por las conveniencias, reales o presuntas, de una financiación alérgica al ruido. De los dos jueces tradicionales, el mercado y el propio entorno, el primero mantienen una escasa, en según qué sectores irrelevante capacidad de sostén, mientras el segundo —encargado junto a la crítica de reconocer el mérito intrínseco— amenaza con dimitir, seducido por los cantos de sirena de la igualdad entre lo viable y el rechazo a la osadía.

Paulatinamente, y el proceso es europeo, nos están convirtiendo en hormigas. Los lince tienden a limarse los colmillos, y un lince sin colmillos se asemeja a hormiga grandota que come mucho e incide poco. Peor aún, cabe la sospecha de que, por falta de autoestima creadora, estemos hormigueando por nuestra cuenta. Ya advirtió La Rochefoucault que los ejemplos, tanto los buenos como los malos, son algo que se sigue mucho más de lo que se reconoce. Manifestar personalidad está mal visto, porque quienes esconden la suya bajo esa careta de hormiga que se acaba pegando a la piel hasta formar una segunda y cabizbaja naturaleza, nunca van a tolerar a los lince. En vez de singularidad en la mirada, lo máximo que se admite, en la estela de los arquitectos estrella, es la espectacularidad formal.

El mercado, allí donde subsiste, demanda obras que satisfagan a públicos heterogéneos, o sea los más amplios y tragones, con el beneplácito de algunos que se toman por más sofisticados. No es de extrañar entonces que las plazas de lince se reduzcan día a día. ¿Ocurre algo peor o mejor cuando el mercado no alcanza para la manutención, es decir en la cultura asistida por los presupuestos públicos o el mecenazgo? Es preciso reconocer que se ha avanzado mucho desde la época del amiguismo puro –aunque en declive, siempre se las apaña para subsistir, incluso bajo las más sofisticadas fórmulas— pero en este terreno, objetivizar conlleva un alto riesgo de cuadrricular. Desde Bruselas y los países de tradición anglosajona, se ha puesto de moda la puntuación, que nuestros gestores adoptan y adaptan. Todo por limitar la arbitrariedad. Pero en este camino, como bien plantea Bonet, de modo sutil y con pedagógicos interrogantes, los lince van a seguir viendo como su terreno es ocupado, velada, incansablemente, por las hormigas.

Si bien el trabajo de las hormigas es imprescindible, son los lince quienes poseen la capacidad de innovación, el sentido crítico, a menudo incómodo o incluso demoledor. Los lince son una especie a proteger precisamente porque posee colmillos, y quienes tienen la posibilidad de protegerlos pueden ser los más expuestos a convertirse en víctimas de sus dentelladas, o quienes menos resulten complacidos por su naturaleza predatoria, o sea rasgadora de los velos y las convenciones del poder y la propia sociedad.

En más de un sentido, los observadores pueden, se están o deberían convertirse en la instancia arbitral del conjunto. En garantes de los lince, discriminadores entre distintas especies de hormigas, y prescriptores de políticas públicas. Esperemos que el anunciado Consell de Cultura y de les Arts, de puesta inminente en funcionamiento, contribuya a la nitidez de las relaciones entre los sectores deficitarios de la cultura y sus financiadores, así como a la madurez de los propios sectores y de la comunidad cultural.

De lo contrario, tal vez un día tendremos que salir a rescatar a los lince. O tal vez sea tarde pues, lejos de la civilización que les expulsa, se habrán convertido en coyotes que aúllan en el desierto.